

El traje perdido

Siphiwo Mahala

Siphiwo Mahala es un novelista, cuentista y dramaturgo sudafricano. Escribe tanto en inglés como en xhosa, su idioma nativo. Su trabajo ha aparecido en revistas, periódicos y antologías de relatos de distintos países del mundo. Ha publicado una primera novela ganadora de varios premios, *When A Man Cries* (University of Kwa-zulu Natal Press, 2007), traducida al xhosa como *Yakhal' Indoda* (2010). Su colección de cuentos cortos *African Delights* (Jacana Media, 2011) fue incluida en la lista de los diez libros a leer de ese año por el periódico inglés *The Guardian*. Su primera obra de teatro, *The House of Truth*, se presentó en 2016 en el prestigioso Grahamstown National Arts Festival con gran éxito de crítica. Mahala se graduó en la Universidad de Fort Hare y es Máster en Artes por la Universidad de Witwatersrand (Sudáfrica). En la actualidad se encuentra cursando un doctorado en Literatura Inglesa en la Universidad de Sudáfrica. Recientemente fue nombrado juez en la última edición del 9mobile Prize for Literature, uno de los premios más prestigiosos del continente africano.

La puerta se abrió con un crujido.

Apenas entró en la casa, Doris se quitó los *stilettos*. Cayeron con un ruido sordo sobre el piso de cemento.

“¡Estos zapatos me están matando!”, se quejó. Conocía a mi mujer lo suficiente como para saber que no debía recordarle que tenía que probarse los zapatos antes de comprarlos. Todavía me supera por qué sigue usando zapatos que le lastiman tanto los pies. Doris era la señora “Sabelotodo” en cuanto a ropa, y aun así siempre compraba los talles equivocados.

Nuestra cama de hierro sonó al darme vuelta para mirarla. Era una torre en nuestro hogar. Había tomado una sabia decisión al casarme con ella. Soy un hombre verticalmente cuestionable, con un armazón ancho. Decidí a conciencia no someter a mis descendientes al ridículo eterno por su falta de altura. Debía casarme con una mujer que compensara mi deficiencia. Doris tenía un cuerpo delgado y las piernas largas de un ave secretario. Su cabello trenzado formaba montículos desaparejos bajo la boina marrón. Ese día se veía cansada. Sus ojos almendrados contaban una historia sobre un día de oficina desagradable —¡de nuevo los jefes blancos!

“Tío, estos buses pueden ser un incordio a veces”, dijo mientras ponía la bolsa de plástico y el portapapeles sobre la mesa.

Llegué a la conclusión de que los buses y los jefes debían estar relacionados.* Como empleada de la oficina municipal, mi esposa siempre tenía que lidiar, o bien con clientes frustrados, o bien con jefes blancos que descargaban sus frustraciones sobre el personal *junior* negro.

“¿De nuevo se descompusieron?”, pregunté.

“Creo que sí. El nuestro se demoró más de una hora”, dijo, mirándome y sacudiendo la cabeza con resignación. “No entiendo cómo puedes siquiera empezar a comer en este chiquero”, murmuró, tomando la escoba y arremangándose la blusa. Recién en ese momento me percaté de que el piso estaba repleto de colillas de cigarrillo y fósforos quemados. Parte de la ceniza había caído en un pote con cereal. “No entiendo por qué prefieres usar el piso como cenicero”, dijo. En ese punto me di cuenta de que cualquier cosa que dijera iba a ser una declaración de guerra. Así que me callé y seguí leyendo el diario.

“Mejor que encuentres un trabajo en serio”, dijo, retomando su parloteo tenso.

Claramente estaba de humor para una pelea. Yo no entendía por qué insistía en cambiar al hombre que yo era, el hombre del que ella se había enamorado. Agregó en un tono más casual: “Mis padres quieren visitarnos el mes que viene y no puedes estar todo el día tirado en la cama mientras estén aquí”.

Entonces entendí por qué había sacado el tema. Habíamos discutido el asunto de mi profesión casi todos los días. Nunca se puede ganar con Doris, pero yo tenía que defenderme.

“Pero *baby*, yo gano lo suficiente como para vivir. Hasta podría pagar tu *lobola*, si tus padres quisieran. ¿Por qué todo este lío sobre un *trabajo en serio* ahora?” Lo único que hacía que

* Juego de palabras entre *bosses* (jefes) y *buses*. [N. del T.]

nuestro matrimonio no fuera válido en términos de la tradición era que aún no había pagado la *lobola* de Doris. Tampoco era mi culpa.

“Stompie, ¿cuántas veces te voy a decir que mis padres no van a aceptar dinero robado como *lobola*? Si me hubieras dicho la verdad desde el principio no estaría haciendo todo este lío ahora”, dijo en un tono más condescendiente.

“Pero yo te dije la verdad desde el día uno”, le recordé en mi defensa.

“Me mentiste, Stompie”, dijo amplificando la voz. “Me dijiste que eras un profesional y que trabajabas en la seguridad de una fábrica”.

“Vamos, Doris, no es lo que dije”.

“¿Y qué dijiste?”, preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho mientras me miraba fijo.

“Que era un profesional en la seguridad, especializado en fábricas”, dije, porque las fábricas de ropa de Joburg eran mi principal fuente de ingresos. La ropa que usaba Doris venía de allí. Por algo yo era el mejor vestido de Sophiatown. Tenía un traje de diseño para cada día de la semana. Vendía la mayor parte de los trajes a las pandillas de Sophiatown, en especial al grupo que se hacía llamar “los americanos”. Nunca me había faltado el efectivo hasta ahora, que detuvieron a mi contacto en la fábrica. Tenía que volar bajo por un tiempo.

“¿Por qué simplemente no me dijiste que eras ladrón?” Ella dijo la palabra espantosa –ladrón. Sonaba tan impropio. Vulgar.

“Yo no pensaría así de mí”. Ni siquiera podía pronunciar la palabra “ladrón”. “Me definiría más bien como un ‘redistribuidor’. No tomo nada de la gente negra. Solo reclamo nuestras riquezas robadas de los blancos, los que...”. Ella me interrumpió mientras todavía trataba de explicarle la naturaleza de mi trabajo.

“Vamos, Stompie, no me vengas con el lamento de los blancos que les robaron a nuestros antepasados. Robar es robar, y no lo puedes justificar”. Mi mujer nunca entendió bien la palabra “debater”. Tampoco entiende que robar no es robar cuando estás recuperando algo que te fue sustraído previamente. Ni siquiera intentaba alzar la voz por encima de la suya. En vez de eso, elijo quedarme callado y seguir leyendo el diario.

“A propósito, ¿no se suponía que tenías que asistir esta noche a la reunión?”, preguntó casi cordial. Estaba claro que ya habíamos superado la etapa de pelear por nada. Teníamos cosas más constructivas sobre las que discutir como marido y mujer.

“¿Qué hora es?”, pregunté, mirando el reloj Zobo sobre la mesita de luz.

“Las siete y cuarto, y se supone que la reunión empezaba a las seis”.

“Ag, Doris, me olvidé, sabes”, dije, tratando de desechar la idea de ir a la reunión de la comunidad. Ni siquiera era del tipo orador. Los eruditos como los maestros, los políticos y los escribas de la *Drum Magazine* iban a estar seguro ahí para precisamente jactarse de su dominio de la “lengua de la Reina”.

“Pero todavía puedes ir. Sabes lo que dicen sobre la hora africana”, respondió, tratando de alentarme. “Podrías encontrarte con que la reunión recién está empezando”.

“Vamos, no es tan importante. Terrence probablemente va a estar ahí. Me pasará el reporte”, dije, desdenoso.

“No me hables de ese borracho. Seguro que también se olvidó”.

“Pero en serio no creo que sea necesario ir a esas reuniones. ¿De verdad tirarían abajo Sophiatown?”

“Mira”, dijo, pasando las páginas en el portapapeles. Sostuvo una hoja frente a mi cara. “Este es el memo que recibimos hoy. Están avanzando con los planes. En unos dos meses, este ya no va a ser nuestro hogar”.

“¡Mierda! La cosa es seria”.

“Mejor que vayas yendo”.

“¿Pero por qué hacer una reunión tan importante en un *shebeen*?”, dije, poniéndome los pantalones marrones.

“Porque no se puede hacer en ningún otro lugar. El centro comunal sería una invitación a una redada por parte de la Brigada Especial”.

“¡Esos malditos policías!”, murmuré mientras tomaba la chaqueta colgada de la silla junto a la cama. “Deberían ocuparse de sus cosas”.

Una llovizna fría me aguijoneó los dedos cuando abrí la puerta. Había estado adentro toda la tarde y no me había dado cuenta de que el clima había cambiado. Me puse el sombrero Stetson que hacía juego con mi traje marrón de Chester Berries. Doris me inspeccionó de arriba abajo y sacudió la cabeza.

“¿Por qué estás tan arreglado?” Doris conocía mi atractivo sin igual para las chicas. Siempre ejercía un cuidado extra cuando iba solo a lugares públicos.

“Doris, voy a una reunión. ¿Quieres que vaya en harapos?”

“Limítate a no beber y a no levantarte a una de las modelos de ahí. ¿Ok?”

“No seas celosa, Doris”, dije con coquetería.

“Eres demasiado creído. Yo no soy del tipo celoso”.

Cerré la puerta detrás de mí y me enfrenté a la brisa fría.

La reunión se llevaba a cabo en Los Treinta y Nueve Escalones, un *shebeen* popular a solo un silbido de mi casa en Good Street. Mientras subía las escaleras, salía gente del *shebeen* en pequeños grupos de tres o cuatro. Era en contra de la ley que la gente como nosotros se juntara en grupos de más de cinco. Los policías, montando los *kvela-kvela* y armados con porras, linternas y esposas, estaban siempre acechando en la oscuridad, listos para atacar en cualquier momento. Nuestro castigo

adicional eran ahora los *bulldozers* alineados para la demolición de nuestro refugio –Sophiatown.

Estaba subiendo cuando escuché una risa familiar dentro del *shebeen*. No había duda de que se trataba de Terrence, mi hermano; Los Treinta y Nueve Escalones era su abrevadero favorito. Tenía una risa particularmente estentórea que me sacaba de las casillas cuando éramos jóvenes. Un poco de brandy siempre traía de vuelta esa risa. Por cierto, la reunión había terminado, pero siempre había algún buen motivo para quedarse en Los Treinta y Nueve Escalones.

Mi hermano se encontraba en un rincón, en compañía de unos amigos. Estaba sentado en un sofá, con una mujer en su regazo, sosteniendo un vaso de whisky en la mano izquierda y acariciando el muslo de la mujer con la derecha. Me di cuenta de que se hallaba con sus amigos letrados –los maestros y los escritores que bebían como ballenas. Esos *okes* eran conocidos por haber convertido en sacrosanto el beber whisky. Su resentimiento hacia la gente que bebía licor “accesible” era insuperable. Se referían a la cerveza como “pis” que ni siquiera te podías tragar cuando los policías atacaban por sorpresa.

Tímidamente me abrí camino hacia el bar, donde Fatty estaba atendiendo a los clientes. Fatty, la bien dotada reina del *shebeen*, era el tipo de mujer con mucho sentido. Todos los hombres de sed se cuidaban bien de aprovecharse de Fatty. Si te atrevías a acariciarla a contrapelo, podías terminar con la cara tan deformada que ni tu madre podría reconocerte. Para cuando había terminado contigo, serías un hombre diferente –la cara levantada con labios extendidos, los dientes rotos, la nariz sangrando y los ojos azules.

“Hermana Fatty, sabes que vine por la reunión”. Tenía que ablandarla antes de soltarlo.

“Y te la perdiste. Eso es muy irresponsable. Espero que la tuya sea la primera casa que tiren abajo”.

“Sabes, Fatty, mi esposa llegó muy demorada del trabajo por estos micros”.

“Oh, es cierto. Escuché que iban todos atrasados esta tarde”.

“Pero ahora que estoy aquí no me puedo ir sin humedecerme la garganta”.

“¿Humedecerte la garganta? Todavía me debes lo del viernes pasado, ¿te acuerdas?”

“Vamos, hermana, solamente necesito dos cervezas. Te veré el viernes”.

“Stompie, me estoy cansando de tus estupideces. No me digas el viernes que tu barco no llegó, ¿de acuerdo?”

“Te lo prometo, hermana Fatty. Lo juro, mi hermana mayor. Me cortas este dedo si no te veo el viernes”, le dije, levantando el índice.

“Si le hiciese caso a eso cada vez que quieres una cerveza, ahora no tendrías más dedos”, dijo, acercándose dos cervezas.

“Fatty, ¡eres la más grande!” Esbozó una sonrisa torcida. Yo sabía que lo tomaría como un cumplido que no tenía nada que ver con su enorme peso.

Gotas frías se escurrían por las botellas de cerveza. Tomé a mis dos compañeras y eché una mirada rápida por el lugar. Me fui al rincón más alejado, donde había una mesa vacía. Llené el vaso con mitad cerveza, mitad espuma. Hacer las cosas con prisa tiene sus desventajas. Tuve que esperar a que la espuma desapareciera para poder beber la cerveza en paz. Me engullí el primer vaso en dos tragos y me serví otro.

Después de tomar un sorbo del segundo, la música subió. Los parlantes del gramófono tronaban con los sonidos populares del Phatha-phatha de Miriam Makeba. De pronto la pista estaba llena de hombres y mujeres moviéndose, moviéndose y repiqueteando con la canción. Todo se hacía con ritmo.

Uno de los beneficios adicionales de no tener patas de avestruz es que eres rápido con los pies. Me gustaba sobre todo el Phatha-phatha por su simplicidad. No requería pasos sofisticados. Tanto los hombres como las mujeres sabían que se necesitaba una pareja para completar el baile. Me fui al borde del salón, esperando que alguien notara mis movimientos. Igual que en las historias sin imaginación de Cenicienta, una belleza salió de la nada y bailó conmigo. Llevaba una blusa blanca con lunares negros, una pollera larga y azul, y zapatos blancos. Tenía el cabello largo trenzado, piel amarilla y brillantes ojos negros. Sus aros en forma de lágrimas centelleaban bajo las luces. Tenía los pómulos altos, pequeños labios rosados y mentón puntiagudo.

Se sostenía la falda hacia los costados mientras pateaba a un lado y al otro. Enlacé mi brazo bajo los suyos y nos dirigimos al centro de la escena. Me agaché y comencé a acariciarla desde los tobillos, subiendo de a poco por sus piernas, alrededor de sus caderas —me detuve un poco en las caderas. Todos en Los Treinta y Nueve Escalones se volvieron locos. Ululaban, silbaban y gritaban mientras ella se alejaba y me soplaban un beso. Nos volvimos a juntar y repetí los movimientos, mientras el resto de los festejeros miraban. Me moví de a poco hacia arriba, tocándola hasta que quedamos casi parejos. Hubiésemos estado al mismo nivel si no fuera porque yo no tenía justo la misma altura. Algunos perversos llaman a una pareja entre un hombre verticalmente cuestionable y una mujer de huesos largos “Si” —cada letra representando a la mujer y al hombre, respectivamente.

Ahora era su turno. Para cuando llegó a la cintura, mi entrepierna se había hinchado en proporciones incontenibles. Bailamos como si hubiéramos estado practicando juntos —el bulto en mi pantalón sin sobresalir. Antes del final de la canción, ella sopló otro beso hacia mí y yo lo tomé como una invitación para encontrarnos más tarde.

Después de tragarme el resto de la cerveza mis ojos recorrieron todos los rincones en busca de mi bella pareja de baile. No podía encontrarla por ningún lado. Con la confianza recién adquirida me mudé a la mesa donde mi hermano y sus amigos estaban ocupados discutiendo sobre la resistencia pasiva. Yo no estaba interesado en debates intelectuales. Solo quería estar en una ubicación estratégica para buscar a mi belleza. Se había desvanecido.

La botella de brandy sobre la mesa estaba todavía por los hombros, pero mi hermano consideró necesario ordenar otra en mi honor. Terrence pidió a Fatty, con un destello de generosidad inducido por el licor: “Necesito algo de alcohol para mi hermano”. “Este hombre baila como nadie”, agregó alborotado. “Nunca había visto a esa chica. ¿Quién es?”

“Me conoces, hombre”, dije, sacándome el sombrero y poniéndolo frente a mí sobre la mesa. “Todo el tiempo consigo chicas así. Ni siquiera le pregunté el nombre”.

“De ahora en más, ella es la reina del baile y tú eres el rey, hermano”.

“La reina de la desaparición, quizás. No la vi desde que dejé la pista”.

En ese momento, Fatty trajo una botella pequeña y no perdí el tiempo en mandármela. El alcohol fluyó hasta que las luces, las mesas, las botellas y los vasos empezaron a bailar acompasadamente frente a mí.

Con la cerveza en la mano, me tambaleé hacia la puerta. Todavía no era la hora de irse. ¿Quién se iba a preocupar por regresar a una mujer fastidiosa cuando corría alcohol gratis en todas direcciones? Lo único que necesitaba era hacer pis. Hice equilibrio con la barandilla mientras bajaba los treinta y nueve escalones. Vacíe la vejiga contra el árbol más cercano. Fue un largo pis de cerveza. Me subí la cremallera y cuando me di vuelta,

voilà! Allí estaba la reina del baile, de pie bajo el farol de la calle, temblando de frío. No me quedaba otra que cambiar de opinión sobre volver a Los Treinta y Nueve Escalones. Nada mejor que una chica caliente después de una cerveza fría en un día de lluvia.

“Hola, hermosa, ¿ya te vas?”, le pregunté, recordando que no habíamos tenido tiempo antes para una presentación como es debido.

“Se supone que tenía que haberme ido hace un rato, pero el hombre que debía recogerme todavía no llegó”, respondió con voz algo temblorosa.

“Es una cruel falta de consideración hacia tu belleza y dignidad como mujer. Es una burla a la justicia humana. ¡Una criatura así no merece llamarse hombre!” Era el alcohol hablando.

“Es verdad”, acordó, aunque no debía haber entendido ni la mitad de lo que dije. Lo importante era que frente a ella había un hombre al que parecía importarle. “¿Se supone que es tu novio?”

“Bueno, a partir de ahora es mi ex novio”.

“Se lo merece. ¿Tu casa queda lejos?”

“Victoria Road, dando vuelta la esquina. Es que tengo miedo de caminar sola”.

“Es un pecado a los ojos del Creador dejar a una chica hermosa como tú caminar sola de noche. ¡Stompie no puede permitirlo!”, dije, golpeándome el pecho.

¿Estás seguro de esto?”, preguntó con voz melodiosa.

“Querida, estoy rematadamente enamorado de ti. Haría cualquier cosa para hacerte feliz”. Me saqué la chaqueta y cubrí su cabeza y sus hombros. Traté de actuar con cuidado para minimizar el tambaleo.

“Gracias, Stompie, eres bueno. Vivo sola y a veces es muy solitario”. Envolví su cintura con mi brazo. Ella también envolvió la mía.

“Ya no vivirás sola”, le aseguré. Ninguna mujer hermosa puede quejarse de soledad en presencia de Stompie. “¿Pero cómo puede ser que nunca te haya visto en Los Treinta y Nueve Escalones?”

“Salgo solo una vez al año, en mi cumpleaños”.

“Entonces hoy es tu cumpleaños. Stompie hará que sea especial”.

Hubo una pausa. Cuando volvió a hablar, fue sobre otra cosa. “Tu baile fue impresionante para un hombre de tu estatura”, dijo, lanzando una leve risita. Lo tomé como un halago. Confiaba en que mi destreza en la pista obraría milagros.

“La falta de altura la compenso en más de una manera, créeme”.

“Pero estoy segura de que hay cosas que no puedes alcanzar por tu altura”, dijo con una sonrisita maliciosa jugando en las comisuras de la boca.

“No hay nada que no pueda hacer”, dije, acercándome a su cara. “Hasta puedo llegar a tus labios”, susurré, y le estampé un beso en los labios blandos. Ella lo aceptó abriendo levemente la boca. Fue un beso de lengua que te quitaba el aliento. Mis manos tantearon su espalda curva antes de que me empujara. “Aquí no”, dijo, y miró hacia otro lado con timidez. “A propósito, mi nombre es Candy”.

Me avergoncé un poco de no haberle preguntado el nombre. De todos modos, tenía mis prioridades claras. Esa noche tenía que anotar, y estaba a punto de hacerlo en grande.

“¿Candy? Hermoso nombre. No por nada tus labios son tan dulces y blandos”.

“¿Así que son mis labios lo que quieres probar?” Había una sonrisa diabólica en su cara.

“De verdad me gustaron tus movimientos de baile, especialmente cuando meneabas las caderas”.

“Me gusta tu traje. Me encantaría verlo colgado en mi casa”, dijo, dándome así el pasaporte a su habitación.

“Me gusta tu estilo, Candy”. El brandy había circulado por todo el cuerpo. La cabeza me daba vueltas. Mis ojos veían doble. Sentía las piernas de goma y caminaba como un ternero recién nacido. Me apoyé en ella tratando de mantener el equilibrio. Solo quería aguantar hasta que llegásemos a su casa.

Cuando desperté, la oscuridad lo había envuelto todo. Una rana croó no muy lejos de mi oreja. Unos perros ladraban a la distancia. Se oyó el inconfundible ulular cercano de un búho. Me estremecí. Me vi tirado boca abajo, con el trasero desnudo apuntando hacia el cielo. Tenía la piel de gallina. Mis orejas, dedos y pies estaban congelados. Mi espalda, cubierta por completo de rocío. Tenía la nariz tapada. El búho ululó de nuevo. Me levanté cubriéndome la entrepierna con las dos manos y me dirigí hacia los perros. Tropecé en un montículo de tierra y aterricé de pecho. La hierba estaba húmeda. Me levanté y salté por sobre los demás montículos.

Tenía que llegar a la casa más cercana antes de que los trabajadores empezaran a salir rumbo a la estación de micros. Levantaba nubes de polvo mientras corría por las calles de Sophiatown. Aunque mis piernas no estaban firmes, se las arreglaron para llevarme a la casa de mi hermano en Edith Street. Sabía que estaría durmiendo después de haber bebido la noche anterior. Rodeé la casa por el lado de su habitación. Jadeando y bufando exhausto, golpeé en su ventana. “¡Terrence! ¡Terrence! Soy yo, ábreme”, grité con desesperación. No hubo respuesta. “Terrence, por favor, abre. Soy yo, Stompie. Por favor, abre”. Alguien espío a través de la cortina entreabierta. Luego la corrieron hacia un costado. Grace, la mujer de mi hermano, apareció detrás de la cortina mirándome como si estuviera viendo un fantasma.

“¡Por favor, abre!” le rogué.

“¿Qué pasó?”, gritó señalando mis miembros inferiores.

Ahí recordé que estaba desnudo. Me tapé con las dos manos en un intento por cubrir lo que ella ya había visto. Me hizo señas para que fuera hacia la puerta.

“¿Dónde anduviste? Doris te estuvo buscando toda la noche”, me gritó apenas la abrió. Ya tenía puesto su uniforme blanco de enfermera. “No me digas que dejaste la ropa en lo de algún chico travieso, porque no va a funcionar”, me dijo, gritándome como si fuera un niño. “Terrence, ¡aquí está el bueno para nada de tu hermano!”, llamó a su marido que estaba en la otra habitación. Yo sabía que Terrence iba a ser más comprensivo porque había pasado por experiencias similares y yo lo había rescatado.

“Voy a explicar lo que pasó”, dije mientras tosía.

Terrence apareció desde la habitación. Tenía el pecho desnudo y los pantalones arremangados hasta la rodilla. La parte superior del cuerpo estaba manchada de burbujas blancas de jabón y traía el trapo de lavarse en la mano. “Grace, ¿no ves que tiene frío?” Le recordó a su mujer que era él el que llevaba los pantalones en la casa.

“Aquí tienes”. Grace me alcanzó una manta. “Cúbrete con esto”. Después de todo, a la enfermera que había en ella le importaba.

Recién en ese momento me di cuenta de que me castañearan los dientes y de que mi cuerpo entero temblaba de frío. “Por favor, prepárale algo caliente”.

“Va a tener que explicar qué pasó. No le voy a mentir a Doris. Estaba loca de angustia”. Hablaba como si yo no estuviera ahí o fuera completamente sordo.

“Grace, ¡mi hermano se está muriendo y de lo único que puedes hablar es de su esposa!” Terrence pareció leer mi mente. Yo seguía secándome la nariz con el dorso de la mano. Necesitaba con desesperación algo para mantenerme caliente.

Grace encendió la cocina a carbón y me hizo sentar frente a ella. Me dio sopa de vegetales después de calentarla. Sentí algo de alivio, pero no quería que Grace lo notara.

“Me robaron”, traté de explicarle.

“Anda, a nadie se le ocurriría robarle a un *tsotsi* como tú. Dime qué sucedió o lo averiguaré por mí misma en Los Treinta y Nueve Escalones”, dijo Grace, quien probablemente era tataranieta de Tomás, el de las historias bíblicas, incrédula.

“Grace, ¿ahora te convertiste en la investigadora privada de Sophiatown?”, intervino Terrence en mi defensa.

“No soy investigadora privada. Todo lo que quiero es la verdad”. Yo ya me estaba templando y mi cuerpo daba la bienvenida al calor. Simulé quedarme dormido frente a la estufa.

“Veo que se está durmiendo. Quiero toda la información cuando regrese del trabajo esta tarde”, dijo Grace.

El indulto llegó cuando por fin se fue. “Ven a dormir aquí”, dijo mi hermano, llamándome desde la habitación. “Ponte esta ropa cuando te levantes”. Me mostró una camisa vieja y unos jeans. “Bien, la mujer ya se fue. Dime, hermano, ¿qué fue exactamente lo que pasó?”

Tenía que decirle la verdad porque era la única persona que con seguridad estaría de mi lado. Tenía la obligación, eso es lo que hacen los hermanos.

“Hombre, en serio no sé qué pasó”.

“¿Cómo que no sabes?”

“Conocí a esa niña en Los Treinta y Nueve Escalones y me llevó a su casa”.

“¿Dónde era?”

“Dijo Victoria Street. Me debo haber desmayado, porque no recuerdo cómo llegué allí, pero cuando me desperté estaba en campo abierto, ¡desnudo!”

“¿Me estás diciendo que dormiste afuera completamente desnudo?”

“Es todo lo que me acuerdo. No puedo irme a casa habiendo perdido el traje. Sabes cómo es Doris”. Mi esposa siempre revisaba mi ropa, en especial después de una visita al *shebeen*. Tenía que explicar cada mancha, sobre todo las que parecían lápiz labial. Podía oler perfume de mujer en la ropa incluso antes de que me sentara.

“Ok, escucha, ahora me tengo que ir a trabajar”, dijo mirando su reloj. “Trata de dormir un poco y buscaremos tu traje cuando vuelva”.

“De acuerdo, estoy realmente cansado”. La verdad es que no sabía si la mujer podía haber tomado mi traje o si ella misma era una víctima. Algo peor le podía haber pasado a Candy.

Me desperté aturdido. Sentía la cara embotada e hinchada. Tomé un espejo de mano de la mesita junto a la cama de mi hermano. Tenía los ojos rojos y el cabello apuntaba hacia el techo. Encendí la cocina y llené la pava con agua. Cuando hirvió, me bañé usando las toallas de mi hermano. Miré el jean raído que me había dejado y pensé que se había vuelto loco. ¿Cómo podría el tipo mejor vestido de Sophiatown usar esos harapos? Fui a su armario y me fijé si tenía algún traje marrón que se pareciera al mío. No pude encontrar ninguno. Tomé uno azul y me lo puse. Los pantalones me quedaban grandes y tuve que ajustarlos con un cinturón por encima del ombligo.

En el bolsillo superior izquierdo del saco encontré un pase de micro y un billete de diez chelines. Me sacudió una onda cerebral y la brújula en mi cabeza apuntó hacia la ciudad. Tenía que buscar un traje parecido antes de que Doris volviera del trabajo. Era jueves, el día de Sheila, y sabía que las sirvientas fluirían hacia el centro. El jueves era el día en que las sirvientas (la mayoría, llamada “Sheila” por sus patrones) estarían deambulando por las calles haciendo compras y trámites para sus jefes blancos.

Fui a la terminal de micros en Victoria Street y me subí a uno que iba al centro. El ómnibus estaba vacío. La mayoría de la gente no tenía motivos para ir a la ciudad un jueves al mediodía. Los pocos que lo hacían visitaban el Departamento de Asuntos Nativos para aplicar por pases y permisos de trabajo. El micro se sacudió por la rotonda de Mayfair, subió por la colina Hurst y se deslizó hacia el centro. Mientras recorríamos Market Street, vi a varias Sheilas, aún con sus uniformes de cocina, dirigiéndose hacia la estación de micros.

Vi un cartel que decía “Tintorería Henry’s”. Con varias lavanderías alrededor, existía la excitante promesa de engancharse con alguna empleada. “Pare aquí, chofer”, grité desde atrás del asiento del conductor. Clavó el freno con furia y el autobús se detuvo con un chirrido. Me miró disgustado, las aletas de la nariz vibrando, pero optó por no decir una palabra. Nadie se mete con Stompie, el gánster de Sophiatown. Me bajé dejando detrás a un conductor poco complacido.

Di vueltas por Market Street solo para asegurarme de que no había ningún *mjojo*. Un solo policía patrullaba la zona. Desvié los ojos cuando miró en mi dirección. Entré en la Tintorería Henry’s y empecé a revisar los bolsillos del traje de mi hermano con vehemencia. “¡Mierda! Me dejé el recibo del lavado”, murmuré para mí antes de abandonar el local. Enfrente de mí había un hombre blanco con un traje marrón plegado bajo su axila. Mirándolo mejor me di cuenta de que era de la misma marca que el mío, un Chester Berries.

Seguí al blanco esperando que cometiese el error de caminar por los callejones. Lo barrería con dos pies y lo enviaría volando. Mantuve una distancia razonable como para no perderlo, pero también para no alarmarlo. Fue hacia un Buick verde estacionado al costado de la calle. Abrió el Buick y puso el traje en el asiento de atrás antes de irse apresurado. Me di

cuenta de que no había cerrado el auto al irse. Pero el problema era el policía que patrullaba.

Tenía que actuar rápido. Miré al hombre blanco y lo vi dirigiéndose hacia el banco. Encendí un cigarrillo y empecé a echar bocanadas con displicencia. Caminé pavoneándome como los ricos. “Hey, hermano”, llamé con un falso acento americano. El policía blanco levantó la cabeza para mirarme con indisimulado desprecio. Tenía un bigote tupido, ojos grises y doble mentón. “¿Le importaría cuidarme el traje del asiento de atrás? Voy a regresar al banco a buscar las llaves”.

Esto llevó al policía a un histérico “¿*Qué?*”, que surgió echando humo. “¿Quién te crees que eres? *Ek is die baas hierso. ¡Ek is nie jou vriend nie!*” Se apresuró a establecer categóricamente que él era el *baas* y no un amigo mío.

Presioné un poco más. “Vuelvo en un periquete, oficial. Dejé las llaves en el banco cuando fui a cambiar dinero”, dije, soplando anillos de humo hacia él.

“¿*Luister hierso, jong!*”, dijo, blandiendo el dedo frente a mi cara. “No me importa que vengas de los estados malditos unidos de América. ¡Igual eres un *kaffir!*”

“Oficial, no me tiene que insultar así. Le estoy pidiendo que me cuide el saco, eso es todo”, le expliqué con calma. La cara se le puso roja.

“¿Por qué no tomas tu maldito saco y te lo llevas?”, me ladró.

“No importa, hermano. No tengo problema en llevarme el traje”, dije, tomándolo del asiento trasero. Cerré la puerta y caminé rápidamente hacia el banco. Miré hacia atrás y vi que el policía aún patrullaba el área. Pasé el banco y abrí el paquete tan pronto como doblé la esquina. ¡Era solo el saco, sin el pantalón!

Volví a la tintorería y les grité. “El *baas* está furioso porque solo le dieron el saco. Me mandó a buscar los pantalones”, dije, mostrando el saco cubierto de una bolsa de plástico transparente.

La anciana judía detrás del mostrador tenía los lentes descansando sobre el puente de la nariz. Me miró por sobre los anteojos como si yo estuviera loco.

“¿Quién?”, me preguntó extrañada.

“Mi amo, dice que no le dieron los pantalones”, protesté.

“¿Qué amo? ¿Se refiere al señor Williams de Princess Street 49?”, preguntó bizqueando, mientras leía el pequeño pedazo de papel. “Tiene que ser él”.

“¿Puedo verlo?”, pregunté extendiendo la mano sobre el mostrador. Me pasó el trozo de papel. Leí los detalles y asentí. “Sí, es él. Solo le dieron el saco”, arrojé otro misil tratando de distraer su atención del papel.

“Señor, le informamos a su amo que el pantalón todavía no estaba listo. Tenemos que coserlo antes de limpiarlo”, respondió de modo categórico.

“Ah, es eso”, dije tratando de pensar en algo. “¿Pero podría entregarme los pantalones, dado que los necesita de manera urgente?”, agregué, deslizándolo subrepticamente el papelito en mi bolsillo.

“¿Por qué no lo dijo él?”, preguntó irritada. “Tendrá que traer el recibo. Sin recibo no hay ropa. Él sabe que es nuestra política”, insistió testaruda.

“Está bien, se lo diré. Pero no estará nada contento con esto”. Me fui de la tintorería furioso. Doblé la esquina, mirando repetidas veces hacia atrás. Le di vueltas a la idea de hacer una visita rápida a la casa del hombre blanco en Princess Street.

Enfrente había una oficina de correos desde donde podría hacer una llamada. Palpé el pedazo de papel y crucé la calle a la carrera. Eché una mirada rápida a mi alrededor, luego tomé el teléfono y marqué el número. Sonó varias veces y nadie contestó. Su Sheila estaba probablemente chismorreando con las otras sirvientas. Marqué de nuevo y sonó dos veces antes de que alguien atendiera.

“¡Hola!”, saludó una voz de mujer del otro lado.

“Hola, señora, soy Mpisto, de la Tintorería Henry’s. ¿Está el señor Williams?” Tenía que usar un nombre que fuera fácil de recordar.

“No, señor. El *baas* no está en casa”. Me di cuenta de que era la empleada doméstica, la Sheila de los jefes blancos y mi llave de entrada a la casa.

“Qué lástima. Queríamos disculparnos por la demora en arreglarle los pantalones”.

“Recién vuelve a las seis”.

“Los pantalones ya están listos. Le pediremos a alguno de nuestros empleados que pase a buscar el recibo”.

“Va a tener que venir cuando esté el *baas*”. Su testarudez estaba poniendo palos en la rueda. Esto exigía un cambio de táctica.

“Ya veo. ¿Cuál es su nombre?” Tenía que pensar rápido.

“Lenah, la empleada”.

“Lenah, qué hermoso nombre”, dije en voz baja.

“Gracias”, dijo, seguido por una leve risita.

“¿Cómo es que trabajas un jueves? Tu marido debe sentirse solo”.

“No estoy casada”, dijo.

“¿No estás casada?”, exclamé. “Tengo que verte hoy. Me casaré contigo si eres tan bella como tu voz”, dije con tono seductor.

“No sé nada sobre eso”. Ahora reía de forma incontrolable.

“Tal vez debería ir personalmente, así podemos hablarlo”.

“Hey, no lo sé”, dijo con timidez. “Puede ser”.

“Estaré ahí antes de las cinco”.

“Si vienes antes de las cinco todavía voy a estar sola”.

Me llevó otros treinta minutos llegar al 49 de Princess Street. La casa era enorme. “Este señor Williams debe ser un pez gordo”, me dije. Podía haber más beneficios de mi relación con Lenah. Toqué el timbre y ella respondió.

“Hola, Lenah, soy yo, Mpisto”.

“Hola, Mpisto”, dijo entusiasmada. “Ya voy”. Enseguida apareció. Era una mujer grande, probablemente de unos treinta años aunque también podría haber calificado para entrados los cuarenta. Tenía un overol rosa que hacía juego con el pañuelo en la cabeza. Las cremas blanqueadoras le habían dejado grandes parches oscuros en las mejillas. Sonrió tan pronto como me vio, exponiendo el llamado *hueco de la pasión* entre sus dientes frontales. Abrió el candado y me dejó entrar. “Ven por aquí”, dijo, guiándome por un pasillo angosto que nos llevó a las dependencias de servicio detrás de la casa principal. Mientras caminaba tras ella, miraba sus nalgas subiendo y bajando. De alguna manera su trasero amplio la volvía bastante deseable.

Un fuerte hedor a comida podrida me asaltó apenas abrió la puerta. La habitación estaba oscura, excepto por el leve destello que atravesaba la limitada ventana. Encendió la luz y hubo una estampida de cucarachas que corrieron a esconderse.

“Bienvenido a mi palacio”, dijo Lenah, una amplia sonrisa cruzando su cara regordeta.

“Gracias”, dije, porque era algo cortés para decir. Claramente, teníamos una idea diferente de lo que era un palacio. Ella hacía todo en su “palacio”. En un rincón divisé una cocina Primus sobre la que brillaba una ollita. Al lado había un balde lleno de agua y un pequeño lavabo de plástico. Al pie de la cama, un jabón verde usado. En el borde de la ventana había una crema Ambi para blanquear la piel y, sobre la mesa, un plato esmaltado con una montaña de comida. Sus bombachas húmedas y el trapo para lavarse estaban colgados de una soga que cruzaba la habitación.

La visión de su ropa interior hizo que me diera cuenta del error que había cometido. Podía meter mis dos piernas en una de las piernas de su bombacha. Juro que si los elefantes usaran ropa interior, tendrían el talle de Lenah.

“Siéntate aquí”, dijo, señalándome la cama como si hubiera algún otro lugar donde sentarse. Me senté y mis ojos fueron de un rincón a otro. La habitación carecía de cielorraso. Las hojas corrugadas goteaban un líquido oscuro. Nos sentamos en silencio uno junto al otro. Ella me lanzaba miradas cautelosas. Yo tenía que mostrar algo de afecto.

“Eres más hermosa de lo que había imaginado”, dije, conquistando el camino hacia su corazón. Sonrió de oreja a oreja, complacida por lo que estaba escuchando.

“Me alegra que pienses eso”, dijo mientras jugaba con sus dedos. Siguió un silencio momentáneo.

“También creo que eres apuesto”, dijo, como si se sintiera obligada a devolverme el cumplido. Inclino la cabeza hacia mí y apoyó la mano en mi muslo. Cerré los ojos y la besé. El descaro de intimar con una mujer por la que no sentía nada era algo que tenía que aprender. Estos son los sacrificios que a veces los tipos debemos hacer. Simplemente cierras los ojos y te imaginas que estás con la mujer que más deseas. No sentía nada por ella, pero debía seguirle el juego, aunque solo fuese para salvar mi matrimonio. Necesitaba encontrar los pantalones a cualquier precio.

“Déjame sacarme el uniforme”, dijo, levantándose. Se sacó el pañuelo de la cabeza, debajo del cual tenía viejas pantimedias. Debajo del overol rosa vestía una blusa floreada y una falda larga color marrón. Se quitó la blusa revelando pliegues de carne que colgaron frente a mis ojos. Llevaba una enagua color crema bajo la falda. Ver a Lenah medio desnuda era una visión espantosa. Era necesario controlar la situación o ella empezaría a preguntar cosas que no debía.

“Entonces, ¿el señor Williams vuelve después de las seis?” Decidí preguntar de pasada por el *baas* mientras ella estaba ocupada sacándose el uniforme de cocina.

“Si vuelve”, respondió sin siquiera mirarme. “Algunas veces hay emergencias y tiene que viajar”. Eso no sonó bien. Yo esperaba que ese no fuera uno de los días en que tuviese que viajar.

“Emergencias. Eso suena serio. ¿De qué trabaja?”

“Es superintendente de Policía”, dijo, sin comprender el pánico que me inculcaba con ese poco de información. Si me hubiese mirado, sin duda se habría dado cuenta de que estaba visiblemente alarmado.

“Ya veo”, dije con tranquilidad. Tomé nota mental de que aquel no era el lugar para pasar la noche. En ese instante, un auto aulló desde afuera. Lenah se levantó y tomó su overol y su pañuelo. “¡Debe ser el *baas*!”, dijo nerviosa.

“Solo fíjate si tiene el recibo de la tintorería”. No sabía si me había oído porque para cuando terminé la oración ella ya estaba afuera. Escuché el chirrido del portón y el sonido del automóvil al entrar. Un momento después el auto partió y Lenah cerró el portón.

“No hay moros en la costa”, anunció con calma. Sostenía un paquete envuelto en una bolsa de plástico.

“¿Qué quieres decir?”

“El *baas* se fue. La casa será nuestra por el resto del fin de semana”. Me imaginé pasando todo el fin de semana atrapado entre los enormes muslos de Lenah. Me drenaría toda la energía y yo debería volver a casa sin el traje.

“Ni siquiera salió del auto”, dijo, y me alcanzó una cuchara que hundió en un guiso grasoso que probablemente contenía patas de cucaracha. Como un perro al que alimentan con excremento humano, tuve que comer lo que tenía frente a mí sin registrarlo en mi mente. Tomé solo un bocado y toda la comida que había comido antes quiso desalojar de inmediato mi estómago. Comer eso era peor que beber el agua sucia después de lavar los platos.

“Pero traje esto”, dijo ella, mostrándome la bolsa de plástico. La abrí y, para mi agradable sorpresa, había ido a retirar los pantalones. “¡Oh, Lenah, esto es grandioso!” Lo tomé y la besé. Mi lengua resbaló entre el hueco de sus dientes frontales. Recién entonces entendí por qué lo llaman *hueco de la pasión*. Su mano empezó a tantear mi cinturón y yo me alejé al instante. “Eh, ¿hay algún lugar donde pueda comprar cigarrillos?”

“¿Cigarrillos a esta hora?”, me miró como si hubiese perdido la cabeza.

“Me muero por uno. Simplemente no me puedo dormir sin una pitada”.

“Ahora es muy tarde. No hay locales *spaza* por aquí”.

“Vamos, Lenah, no puedo dormir sin fumar”, le dije, temblando como un adicto.

Elevó sus manos en un gesto de desesperación y dijo, “Ok, me voy a fijar en el cajón del *baas*”. Salió exasperada.

Tan pronto como se fue, tomé el saco y los pantalones y escapé hacia la parte trasera de las dependencias. Trepé la reja y aterricé con un porrazo del otro lado. Corrí amparado por las sombras dejando a los perros de los blancos ladrando detrás de las largas verjas. Hubo un destello de faros y me zambullí en la tierra hasta que pasó. Era un gran *kwela-kwela* verde con policías mirando a través de las redes en busca de algún vagabundo negro. Un negro huyendo de noche en el medio de la ciudad con un paquete bajo la axila sería una víctima perfecta.

La camioneta pasó y cuando estaban fuera de la vista me levanté y seguí corriendo. Cuando llegué a Park Station colapsé en un asiento, exhausto. Jadeaba, tratando de atrapar cada bocanada de aire. Los viajeros me rodearon, preguntándose qué había sucedido con el “siervo del Señor”. Empapado de sudor, les expliqué que me perseguían unos *tsotsis* que querían robarme el traje. Mis compañeros de viaje celebraron mi supervivencia

porque esos *tsotsis* desalmados podrían haberme matado por mi traje caro. Tenía que ponérmelo para que los *tsotsis* no pudieran identificarme, no fuera cosa que todavía me estuvieran siguiendo.

Bajé del micro en la estación de Sophiatown, vestido con el traje marrón y llevando el azul de mi hermano en la bolsa de plástico. Estaba contento con la adquisición del “traje perdido”, pero no era suficiente como para mitigar la agonía de tener que lidiar en casa con una esposa celosa. Mientras me acercaba a la casa, noté que las luces estaban encendidas, lo que sugería que Doris todavía estaba despierta. ¡Los celos no la habían dejado dormir!

Golpecé con timidez (o con suavidad), y sin respuesta el picaporte giró y mi mujer apareció del otro lado de la puerta. Siempre le decía que preguntara quién era antes de abrir. Ella se quejaba de que solo lo hacía conmigo, y que su instinto le decía cuando era yo el que golpeaba.

“Hola, Doris”, la saludé con una sonrisa reticente en la cara, “volví”. No estoy seguro de por qué le anuncié mi llegada, pero de alguna manera sentí que necesitaba hacerlo.

“Bienvenido, Stompie”, dijo, y dio media vuelta. Tenía una mueca tensa en la cara. Detrás de ella vi a mi hermano sentado nervioso junto a su mujer, que me miraba con disgusto.

“Hola, chicos”, los saludé distraídamente.

“Hola, hermano”, dijo él. Las mujeres se quedaron en silencio. Decidí sentarme junto a Terrence.

“Y, ¿cómo estuvo la reunión?” Por un momento no supe de qué estaba hablando Doris. Se levantó y se fue a la habitación.

“¿La reunión?”, repetí sus palabras sin pensarlo. Me puso contento que no estuviera viendo la desolación que surgía en mi cara.

“Sí, la reunión a la que ibas cuando hablamos ayer a la noche”, gritó desde el dormitorio.

“Oh, eso”. No había tenido el tiempo necesario como para

pensar en alguna explicación para darle. “Sabes, Doris, hubo una redada en Los Treinta y Nueve Escalones anoche”.

“¿En serio?” Había una punzada de sarcasmo en su voz.

“Sí, nos levantaron en un *kwela-kwela*. Pasamos la noche y todo el día de hoy tras las rejas”. Mientras hablaba, Grace me miraba, perforándome con los ojos.

“Me alegro de que el traje no se arruinara con todo eso. ¿Por qué te agarraron?” El sondeo de Doris se estaba volviendo problemático y yo sabía que había algo más.

“Por no tener los pases”, le expliqué debidamente.

“Gracioso Stompie, porque tu pase está aquí”.

“¿Está aquí?” Me sentí acorralado. “Sabía que lo había dejado en algún lugar en la casa”, dije en mi defensa.

“De hecho, lo dejaste en el saco que tenías puesto ayer”.

Salió de la habitación con el traje que había perdido la noche anterior colgando de una percha metálica.

“Cómo.. eh... ¿de dónde lo sacaste?” Decir que estaba perplejo es quedarme corto. Quedé mudo de asombro y vergüenza.

“¿Este es tu traje, Stompie?” No había forma de evadir la pregunta. El traje era exactamente el mismo que había usado el día anterior. Asentí.

“Parece que es ese, Doris”, me encontré murmurando.

“Entonces, ¿cómo es que hoy estás usando un traje diferente?”

“¿Dónde perdiste el traje?”, intervino Grace. El odio de mi cuñada hacia mí no era ningún secreto.

“Lo obtuve en el centro”. Todos ellos sabían de dónde sacaba mis trajes. Pero el problema era explicar cómo había perdido el otro, que ahora tenían ellos.

“¡Grace!”, mi hermano agregó su voz a la discusión, “Dejemos que Stompie y Doris resuelvan esto”.

“Fuimos a buscar tu saco, Stompie”, dijo Grace, ignorando la súplica de Terrence.

“Encontramos tu traje colgado en la cruz de una tumba”, dijo Doris, sumándose al caos.

“Una tumba, ¿qué tumba?”, pregunté perplejo.

“La tumba de Candy”, respondió Grace.

“Grace”, Terrence agarró la mano de su esposa, tratando de convencerla de irse.

“¡Déjame en paz!”, gritó ella mientras liberaba la mano de un tirón. “¡Este repelente hermano tuyo es un mentiroso patológico!”

Me levanté y cargué contra ella.

“¿Me acabas de llamar repelente?”

“¿Pensaste que podías engañar a Doris para siempre? Esta vez te atrapamos, hermano. No más chicas fáciles para ti”.

“Ya está bien. Es hora de irnos”, dijo Terrence, abriendo la puerta y empujando a Grace hacia afuera.

“Doris no sabe cómo manejar a los embusteros como él. Le quería dar una lección”. Su voz se ahogó en la oscuridad de la noche.

Me quedé a solas con Doris, que era legendaria por sostener arengas como esa.

“¿Escuchaste que me llamó embustero?”

“Eres un embustero, Stompie. Lo acabamos de probar”.

“¿Lo acaban de probar? Doris, ¿qué está pasando?”, pregunté, devastado.

“¿Qué está pasando con qué?”, preguntó, tomando una silla. Yo me senté frente a ella.

“¿Grace y tú me tendieron una trampa?”

“No hay ninguna conspiración, Stompie. Te dije que te mantuvieras alejado de las chicas”.

“¿Pero por qué dice que quería darme una lección?”

“No lo sé”. Se encogió de hombros.

“Doris, todo esto me está confundiendo. ¿Cómo terminó

mi traje asociado con tumbas?”, pregunté realmente con curiosidad, porque algo no cerraba.

“Fuimos a Los Treinta y Nueve Escalones y nos dijeron que la última vez que te vieron estabas bailando con una chica desconocida. Terrence comentó que habías dicho que era de Victoria Street. Cuando fuimos allí, no había más que un cementerio. Y encontramos tu traje sobre la cruz de la tumba de Candy”, explicó.

“No entiendo. ¿Cómo saben que era la tumba de Candy?”

“Mira”, dijo abriendo la cartera. Desplegó un pequeño trozo de papel. “Esta era la inscripción”.

Tomé el papel y leí:

Candy Snyman

Nacida el 4 de septiembre de 1918

Falleció trágicamente el 13 de febrero de 1948

Quedé boquiabierto.

“¿Entonces Candy está muerta?”, dije, sin preguntarle a nadie en particular.

“Parece que ha estado muerta por más de siete años”, dijo Doris, categórica. “Al parecer la mató un tipo que la recogió en Los Treinta y Nueve Escalones”.

Me pregunté cómo podía ser posible que de todas las chicas que llenaban el lugar yo hubiese elegido un fantasma. Quizás era para probar algo.

“Pero Doris, vamos”, dije con calma, tomándole la mano. Ella levantó los ojos y me miró intrigada. “¿Vas a estar celosa de un fantasma?”